

Opinión y periodismo: de adicciones y caprichos



Rainiero Patiño M.
Fotografía ©Laboratorio de medios.

Si se tiene una prueba se publica. Entonces la audiencia analiza, cuestiona, discute, exige o decreta. Así es el periodismo. Si no, el esfuerzo se pierde. A lo sumo se llega a opinión. A capricho. Todo lo demás hace lo otro. Lo que no es periodismo. Lo que ha proliferado por años camuflado como periodismo, incluso antes de la avalancha multimedia de las redes sociales. Antes de esta especie de incontinencia especulativa que por momentos parece empantanar todo.

Estoy muy complacido por esta invitación. Gracias a todos los organizadores, maravilloso poder llegar a este espacio para compartir palabras y aprender, que al final es el fin primordial o, por lo menos, mi fin.

Voy a repasar páginas, incluso, haciéndome el de la vista gorda ante aquella sabia sentencia popular en clave de dos por tres que sonea: “¿Y para qué leer un periodico de ayer?”. Creo que en esta ocasión, “noticias que todos saben”, sí vale la pena volver a ver.

El pasado sábado 5 de noviembre de 2023, el mundo periodístico colombiano amaneció

*Licenciado en Lenguas Modernas, con estudios de posgrado en Periodismo y Comunicación. Con amplia experiencia como reportero y editor en diferentes medios colombianos, como el diario El Heraldó, Revista Semana, Caracol Televisión, La Silla Vacía, La República y la Editorial Televisa Colombia. Actualmente publica reportajes y crónicas en medios como cuestión pública.com, revista Cambio y El Colombiano. Participa como relator en diferentes proyectos de la Fundación Gabo. Tallerista de escritura creativa y periodismo. Tiene publicado el libro Metástasis de la ausencia (Collage 2018) prosa poética de gran altura.

sacudido por un texto en el que, claramente, se le pide al señor presidente de la República, Gustavo Petro Urrego, que haga público, es decir, que confiese ante la opinión pública si sufre de algún tipo de adicción que le imposibilita cumplir sus funciones de manera adecuada.

Una publicación de tales ambiciones, firmada por una autora considerada por muchos como un referente de la profesión en el país, en la primera página de uno de los medios, no solo con más audiencia, sino, quizás, de los de mayor credibilidad periodística en estos momentos en el país (la valoración es mía), no puede pasar desapercibido en nadie que grave alrededor del amplio universo del periodismo, ya sea como actor o espectador.

Pero, sobre todo, una publicación de ese calibre, puede ser una maravillosa y potente excusa para convocar a eso que yo de manera tontamente creativa llamo: una pausa activa del periodismo. En esta ocasión frente al estado de lo que conocemos como periodismo de opinión en Colombia. Un llamado, que es, en estos momentos que algunos consideran de crisis de la profesión, como atreverse a encender la luz y abrir las cortinas en medio de una álgida noche de discusión privada familiar en nuestro pequeño lugar de una torre de apartamentos. O sea, atreverse a hacer público lo que por años, aquellos malos llamados maestros del periodismo colombiano, decidieron mantener en privado o hasta en secreto, por un mal llamado “bien común”. En el país, hace rato que a nuestra profesión le sobran los silencios obligados, los silencios condescendientes y los silencios del buen colega; y le faltan los debates internos, el autoanálisis, el mea culpa y necesarias pisadas de mangueras.

Ahora, el llamado no es a la creación de una especie de inquisición del periodismo, con sus respectivas máquinas de torturas, que para eso ya hay hogueras por montones en la calles reales y en los callejones de la virtualidad. No, el aviso que pretendo publicar hoy es muy sencillo en construcción, aunque exigente en

su ejecución: se trata de un llamado a la reflexión.

“Presidente, si usted tiene un problema de adicción, lo invito respetuosamente a que lo deleve. La adicción es un problema de salud que afecta a muchos colombianos y aceptarlo no es ni pecaminoso ni es una falla moral. Tampoco es una tara. Es una enfermedad que tiene solución si se trata a tiempo. Déjese tratar, presidente”, escribió la periodista María Jímena Duzan en su texto titulado “Carta al presidente Gustavo Petro”, en la portada de la revista Cambio.

La carta alborotó los ejércitos en torno al presidente, tanto a los apoltronados sobre una bella pero rancia Canción del elegido, hasta los divulgadores del Apocalipsis Zombie colombiano. Todos saltaron sobre la presa o, mejor, sobre las babas imaginarias de la presa dopada. Pocos abrieron la ventana. Podríamos entonces empantanarnos en la búsqueda de los diagnósticos éticos de la cosa periodística, quiero decir en preguntarnos sí la autora sobrepasó los límites de la privacidad dictados por los manuales no escritos o si la investidura del personaje así lo amerita. Pero, aquí sí, para qué llover sobre mojado.

Limitémonos por ahora a leer otra vez el siguiente párrafo, el cual, desde mi perspectiva, resume la pepa de la discusión profesional, no sobre presidentes y su manos más hábiles, sino sobre periodismo y opinión.

“Buscando explicaciones sobre por qué usted anda tan atrincherado, me encontré con una posible causa: hay fuentes que me aseguran que las razones de sus desapariciones, las cuales se han vuelto cada vez más frecuentes y prolongadas, tendrían que ver con que usted ha querido mantener oculto un problema de adicción. Si eso es cierto, debería sincerarse, primero con usted mismo, y luego con el país que lo eligió, y contarnos lo que le sucede”, sentencia María Jimena y el telón se abre al auditorio, con música de fusilamiento de fondo.

Extraigamos la oración argumentativa principal para poder diseccionarla sobre esta atrevida

mesa: "...hay fuentes que me aseguran que las razones de sus desapariciones, las cuales se han vuelto cada vez más frecuentes y prolongadas, tendrían que ver con que usted ha querido mantener oculto un problema de adicción". Repito.

Ahora pongamos el foco en lo que nos interesa, hagamos un primer plano: "...hay fuentes que me aseguran...", dice la columnista con libertad.

¿Adónde va todo esto? A un lugar preciso: el principal de los argumentos de la carta de Duzán está construido sobre fuentes anónimas. Lo que para algunos le quita todo valor periodístico y la convierte en un documento basado en rumores, un chisme de pasillo más. Pero, para otros, es solo la punta de un iceberg que la periodista prefirió, por ahora, no hacer explotar, para evitar una trágica avalancha institucional.

La vertiginosidad con que corre la agenda noticiosa del país, hizo que ese texto pasará de forma veloz al olvido para casi todos. En dos semanas pasamos de las adicciones a la rosca de gobernadores del presidente, al baile entrometido de la primera dama, a las frustraciones de la vicepresidenta, al secuestro convertido en autogol, a la campaña política del fiscal general y a todo lo demás. Pero, para algunos tercos obsesivos, como yo, las preguntas aún rondan sobre el texto de Duzán: ¿Se trataba de una noticia?, ¿era una columna de opinión?, ¿una carta pública que debió ser privada?, ¿qué era? Y qué mejor excusa para empezar esta conversación, agotado ya el tema de la carta como artilugio del anzuelo de la cita de actualidad para poder traerlos hasta acá, y entrar por la autopista que nos convoca y adonde nos arrastran las dos poderosas palabras que gravitan como título de la discusión de hoy: opinión y reportería.

Opinión y reportería, casi nada.

Entonces, tratando de encontrar un camino para aterrizar mis pensamientos constantes sobre el tema, recordé una pregunta suelta que leí en un no tan viejo capítulo del bien llamado Consultorio Ético de la Fundación Gabo,

liderado muchos años por el gran maestro Javier Darío Restrepo, de quien recomiendo leer todos los libros que encuentren por ahí, todos.

La pregunta es: ¿Las columnas de opinión solo sirven para opinar o pueden usarse para presentar información?

Tremenda preguntica, "cójame ese trompo en la uña", solía decir el veterano periodista deportivo Chelo de Castro, precisamente en su columna de opinión del diario El Heraldito.

De la respuesta de Javier Darío Restrepo recordaba, esencialmente, una frase: "La opinión y la información se complementan". Y recuerdo también que en el momento que la leí por primera vez me causó una gran confusión, ya que siempre estuve convencido que para encajar en el género de opinión bastaba solo con eso, opinar. Por lo menos, así me lo habían enseñado en mis ya un poco lejanos años mozos de estudiante de pregrado.

"La información sería peligrosamente incompleta si no intervienen las dudas y preguntas que la opinión estimula; esta, a su vez sería débil, si no estuviera fundamentada en una información completa", añade el maestro Javier Darío en su consulta. Esto sí tuve que googlearlo para no quedarme con la duda.

Y explica el autor de El zumbido y el moscardón, que en la presentación de los hechos el periodista registra datos que algunas veces pueden parecer incompletos y es allí cuando deben surgir las preguntas o reflexiones con la única intención de poner luz donde hay oscuridad.

Podría ahora citar a otros buenos maestros, traer aquí las lámparas eternas de sus palabras para ayudar a despejar las dudas que nos convocan, pero creo que Restrepo resume muy bien la mayoría de las posturas y las líneas básicas.

Las columnas actuales o como quiera que se les llame en estas nuevas plataformas requieren de una mezcla poderosa conformada por mínimo tres ingredientes: datos o información, análisis o reflexión y proposición. Eso es lo que yo creo.

Para lograrlo no basta con solo tener una idea. Tampoco basta tener un buen dato, una chiva, como decían antes. Y mucho menos tener solo una buena pregunta sobre el tema, o varias. Cada uno de los elementos sueltos e independientes no serán más que una pequeña luz de luciérnaga en el puño cerrado.

Para lograr una cocción ideal de esa mezcla de ingredientes hará falta, entonces, el trabajo que el periodismo real siempre ha requerido: manejo de la fuente, buena reportería, estudio del tema, confrontación, categorización de los datos, presentación buena y clara (sea el formato que sea) y capacidad de proyectar con efectividad el producto final a la comunidad.

Es decir, obsesión por los datos y su confirmación y confrontación, con el único objetivo de acercarse a la verdad. Responsabilidad social, que quiere decir medir el alcance positivo y negativo de la publicación. Y, por último, evidente independencia frente al tema planteado.

En un país como el nuestro, que al igual que muchos otros del mundo, vive y enfrenta a diario constantes retos de orden social, económico y cultural, las buenas columnas de opinión son una necesidad. Un producto que si se pudiera debería estar incluido en la canasta básica de consumo, y sin IVA. Porque en medio de la evidente radicalización de nuestro país e, incluso, de sus medios de comunicación con más alcance, o tradicionales como prefieren llamarlos algunos académicos, las buenas columnas funcionan como un bote salvavidas para una opinión pública que luce cada vez más pérdida y confundida en un mar de desinformación o información instrumentalizada.

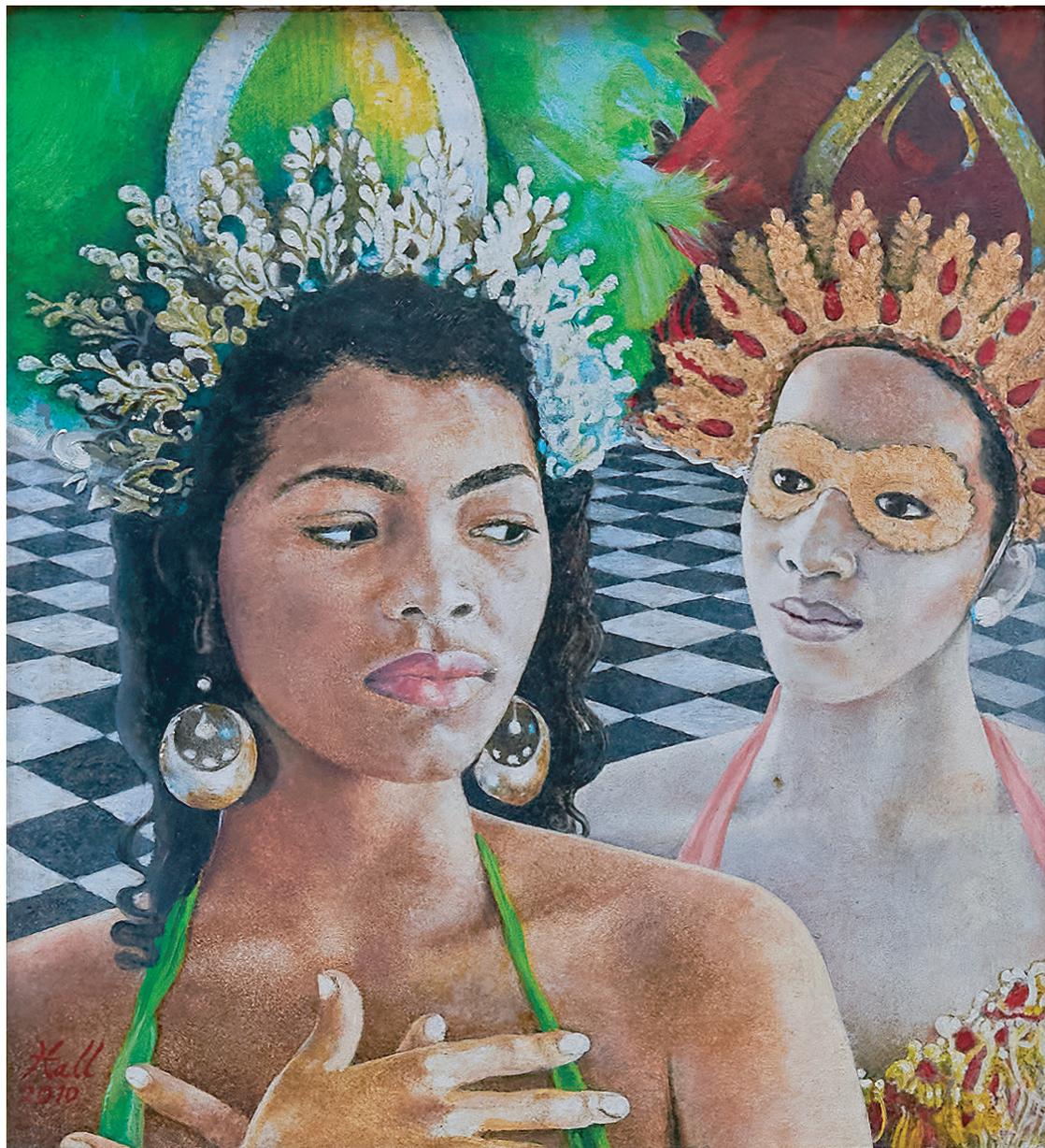
Después de esta caprichosa y un poco larga introducción, mi invitación es a que, todos ustedes aquí presentes y a quienes les interese

el periodismo, abramos desde hoy y en este espacio nuestras ventanas a la discusión, ya sea desde el tema inicial de la carta de María Jimena Duzan, o desde un acercamiento a las costuras internas de los amplios conceptos que hoy nos motivan.

Pero, la invitación también es a que no se dejen engañar con la oferta barata de opinión que hoy abunda en el mercado, y que traten de cotizar siempre a la alza, en calidad y responsabilidad, tanto en lo que consumen como en lo que producen. Eso, estoy seguro, les garantizará un camino profesional lleno de buenas oportunidades y, sobre todo, respeto.

Es triste reconocerlo, pero muchas veces la mentira deliberada pone la agenda noticiosa en nuestro país, mentira difundida de forma intencional por periodistas y columnistas que manipulan los datos e instrumentalizan los trabajos de su periodistas para empujar su causa económica ideológica. Los nombres sobran, yo que he compartido redacción con varias de esas personas lo puedo asegurar: son un cáncer para la profesión. Pero también estoy convencido que con espacios como estos podemos hacer un aporte para evitar que esas células malignas sigan haciendo metástasis en nuestro oficio de forma libre.

Entonces, por último, permítanme volver al inicio de mi lectura y repetir de una mejor manera esto: Si se tiene una prueba se confirma, se confronta, se analiza, se mide su alcance, se propone a partir de ella, antes de publicarla. Entonces la audiencia reflexiona, cuestiona, discute, exige o decreta. Así es el periodismo. Si no, el esfuerzo se pierde. A lo sumo se llega a mala opinión. A capricho. Todo lo demás hace lo otro. Lo que no es periodismo.



Intriga en el palacio de Timothy Hall